

RAFAEL AZCONA

Cuando el toro
se llama Felipe

seguido de

Memorias de
un señor bajito

Índice

Cuando el toro se llama Felipe

PRÓLOGO QUE DEBE USTED LEER, II

PRIMERA PARTE

Los primeros pasos, 13

INTERMEDIO

Historia del toro Felipe, 87

SEGUNDA PARTE

Los segundos pasos, 95

EPÍLOGO PROVISIONAL, 147

Memorias de un señor bajito

PRIMERA PARTE, 155

- i. De la inane vida del lactante, 157
- ii. De los peligros de la patata cocida, 161

- III. Del abuelo y del polipasto, 165
- iv. De la ingrata Florentina, 169
- v. De las fábulas y apólogos morales, 172
- vi. De los corazones rotos, 169
- vii. De Avelina, un amor fatal, 184

INTERMEDIO PARANORMAL, 187

SEGUNDA PARTE, 195

- i. De las enseñanzas por correo (urgente), 197
- ii. De los reptiles saurios en los cafés, 203
- iii. De la inspección de Tontos de Pueblo, 209
- iv. (Que vale por un paréntesis), 213
- v. De la mendicidad, 215
- vi. De la bonita y económica vida bohemia, 219
- vii. Del circo, 223
- viii. De la famosa fiesta nacional, 228
- ix. De la Bolsa bursátil, 232
- x. De la felicidad, 236

Cuando el toro
se llama Felipe

*Al difunto toro Felipe,
excelente individuo a pesar de los cuernos.*

V. P.

PRÓLOGO QUE DEBE USTED LEER

Yo estaba tan tranquilo en España. Yo era un señor que lo pasaba estupendamente... Me levantaba más tarde que nadie; tomaba café como un brasileño, pero con leche; daba sablazos hasta a los fenicios; cantaba como una criada las canciones de moda; protestaba de todo cual vetusto lector del Times; me acostaba a las mil y quinientas —que es una hora de aúpa—, y... bueno, pongamos etcétera. De repente y sin comerlo ni beberlo, me vi envuelto en una aventura que... ya, ya; mi palabra de honor: hubiera hecho mejor envolviéndome en un felpudo.

... Era un día como tantos otros: lleno de aire, de señoritas gordas, de pintados pajarillos, de estrepitosas motocicletas, de cupones de los ciegos a diez céntimos, de caballeros que las preferían rubias y de todo eso que tienen dentro los días... ¡Nunca pude imaginar que fuera el señalado para que mi plácida existencia tomara los derroteros que me han traído hasta aquí!

Y aquí estoy, en Tulsa, en Oklahoma, Estados Unidos de América, añorando aquellos tiempos en que yo era un señor preocupadísimo por la situación de los embalses. ¡Así es la vida! Sale usted a dar un paseo, ve un coche detenido en la carretera, se acerca y... ¡zas! Se ha producido el fenómeno...

Esto es lo que yo he intentado explicarme: el fenómeno. Y esto es lo que quiero explicarles a ustedes: mi incapacidad para explicarles nada.

Aprovechando la ausencia de mi mujer —que se encuentra en California y en bikini, veraneando con un amigo de la familia— me he comprado una máquina de escribir y un fajo de papel así de gordo, con la intención de escribir la historia del hombre que destrozó mi vida. Lo

he pensado mucho y ahora estoy decidido: estas cuartillas, además de contener las lágrimas que broten de mis ojos cuando llegue el momento oportuno, encerrarán también la prueba de que mi examigo Rafaé de la Raya salió, pero que muy bien librado, en el asunto que tuvimos la desgracia de tramitar juntos.

Él, Rafaé, es el culpable de todo: si en lugar de ser un imbécil como la copa de un pino hubiera sido un ingeniero de caminos, de canales y de puertos —pongamos por persona inteligente—, yo estaría ahora sentado tan ricamente en Logroño, Castilla la Vieja, España, y no aquí, respirando petróleo como un indio, levantándome a las siete de la mañana cual estúpida gallina, bebiendo porquerías a troche y moche, trabajando a la manera de los negros y haciendo —de mala gana— el papel de marido civilizado.

Pero Rafaé era un tonto de triple refinación. ¡Cada vez que pienso que ahora anda él diciendo pestes de mí!... En fin: espero que lea mis cuartillas y escarmiente en cabeza ajena. No le guardo rencor: también él fue un juguete manejado por las circunstancias, que, cuando se ponen a jugar, son tremendas.

Vicente Pons

PRIMERA PARTE

Los primeros pasos

Aunque esta historia tiene su arranque mucho antes, buena será cogerla aquella mañana en que don René Pérez, metido en el baño, oyó gritar a su criada; de lo contrario habría que remontarse a los tiempos de Adán y Eva —que es cuando empiezan todas las historias que en el mundo han sido— y este relato iba a dejar pequeñito, pequeño, a *Lo que el viento se llevó*.

Era una mañana de mil novecientos veintitentos. Don René, que era un hombre muy limpio, estaba bañándose tan contento cuando la voz de su doméstica le llegó a través de la puerta:

—¡Don René, don René! ¡Que dice la señora que siente los dolores!

El señor Pérez, sin entender nada, interrumpió su aseo; cerrando el grifo del agua caliente, preguntó:

—¿Qué dolores, Casilda?

—Pues... —la chica, vacilando, agregó—: los dolores... los dolores de... eso...

Pacientemente, don René, ya habituado a las imprecisiones idiomáticas de aquella mula llamada Casilda, volvió a preguntar:

—Y, eso, ¿qué es?

—Pues... pues... ¡eso! El... el... parto...

El señor Pérez estuvo a punto de perecer ahogado en la bañera. Cuando, tras una rapidísima inmersión en el agua, sacó la cabeza, gritó:

—¡¡¡No!!!

Todos los signos de admiración fundidos desde que el benefactor Gutenberg tuvo la luminosa idea de inventar la imprenta

serían pocos para reflejar el sentimiento con que don René rugió aquel *no*. La criada, asustadísima al sospechar que su señor era víctima de una congestión, que era lo que les pasaba entonces a todos los individuos aficionados a lavarse, lanzó más fuertes sus gritos.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Cuando hizo un ratito el dúo a los ayes que llegaban desde la alcoba, la estentórea doméstica siguió informando:

—¡Que sí, señor, que sí! ¡Que dice doña Purificación que se siente muy mal! ¡Que dice que está a la muerte! ¡Que dice que qué va a ser de ella!

Pero don René ya no escuchaba: la sangre zumbaba detrás de sus oídos. Masticando nerviosísimo la pastilla de jabón, intentaba ponerse en pie sobre la escurridiza bañera mientras su cerebro generaba ideas a destajo... ¡No podía ser! ¡Purita no era capaz de hacer *aquello*! ¡Él no se merecía tamaña iniquidad! ¡Qué vergüenza! ¡Qué bochorno! ¡Qué disparate! Si *aquello* era cierto, el suicidio era la única solución... Pero antes la mataría a ella; a la pérflida, a la malvada, a la falaz, a la infame...

La voz de Casilda continuaba, ahora acompañada de patadas en la puerta, transmitiendo los mensajes angustiosos que le llegaban a través del pasillo:

—¡Que dice doña Purificación que se quiere morir! ¡Que salga usted y que la perdone por favor! ¡Que dice que está muy arrepentida y que no lo volverá a hacer! ¡Ay, don René, que una es muy decente y no está acostumbrada a estas cosas!

El señor Pérez había conseguido salir de la bañera y propinarse —de paso— unos cuantos coscorrones. Mascullando anatemas se enfundó en un albornoz —precioso, por cierto— y, bramando como un elefante herido, abrió la puerta para arrollar a la pobre doméstica y batir en su marcha hacia la alcoba todos los *records* de velocidad...

—¡Qué has hecho, desgraciada! ¡Qué has hecho de mí, de ti y de nuestra felicidad! —gritaba mientras corría.

Desde el suelo, Casilda le miró perpleja. Aunque de pueblo, la muchacha no se chupaba el dedo. Su rudimentario cerebro se había puesto en marcha... ¿Es que don René era tonto? ¡Pues sí que no se le notaba a doña Purificación el embarazo! A lo mejor, aquel hombre creía que los niños venían de París... Fatigada por el esfuerzo que acababa de realizar, Casilda dio de lado a sus cavilaciones y prestó oído a las voces que en la habitación daban marido y mujer:

—¡Me has engañado! ¡Me has engañado como a un chino!

—¡Ay, Renecito mío! ¡Que yo no te he engañado como a un chino! ¡Te juro que no lo volveré a hacer! ¡Ay, que me pongo muy mala!

—¡Mísero de mí! ¡Ay, infelice!

—¡No digas esas cosas, René! ¡Llama a un médico y luego te explicaré! ¡Ay, que me va a dar algo!

—¡Insensata! ¡Mala!

—Por favor, ¡por favor, esposo adorado! ¡La culpa no es mía!

¡Un médico, un médico!

—Pero ¿por qué me lo ocultaste, por qué?

Casilda llegó a una conclusión: don René era un *sin substancia*, como decían en su pueblo cuando no querían decir otra cosa peor. ¡Para que luego hablaran de los de las capitales! ¡A buena hora se la iban a dar así, con tanto queso, a un mozo de su pueblo! Los gritos seguían sonando que daba gusto oírlos:

—¡Machacar así mis ilusiones! ¡Monstruo de iniquidad! ¡Voy a...!

—¡No, René, no! ¡Primero el médico! ¡Que viva la criatura!

Casilda, con sus células grises en marcha, llegó a otra conclusión: también la señora tenía lo suyo... Decirle aquello a un marido era casi peor que hacerle lo otro...

Un grito le cortó el hilo de las ideas y la puso en pie: ¡don René debía estar matando a su mujer! Sin pensarlo, la sencilla Casilda corrió hacia la alcoba: si la familia iba a salir en los periódicos, ella no quería perder la ocasión de aparecer retratada. Creyó bonito gemir:

—¡No se pierda usted, don René!

Apenas llegó a la puerta comprendió que no era para tanto: don René no se perdía; se iba. En el centro de la estancia, aquel esposo, desencajado y furibundo, se estaba despidiendo:

—Me voy, malvada. No puedo permanecer aquí por más tiempo; no quiero conocer al fruto de tu infamia...

—¡No, René, no! ¡No te vayas ahora! ¡La muerte antes! —lloriqueaba la desventurada e inminente madre... Pero sus dolores no le permitían perder las fuerzas en frases de efecto; interrumpiéndose, clamó—: Ya que te vas... javisa al bajar al médico del entresuelo, René!

Don René se detuvo, sonrió tristírrimo y con una voz que le salía de lo más hondo —del vientre, probablemente— dijo:

—¡Tener un hijo aquí! ¡En Logroño! ¡Como si fuera una pastilla de café con leche! ¡Horror!

La sangre se heló en las venas y en las arterias de la pobre Casilda. Lloriqueando, corrió hacia la cama y, abrazándose a doña Purificación, expuso su particular punto de vista:

—¡Se ha vuelto loco! ¡Se ha vuelto loco!

Pero la señora no estaba para diagnosticar nada que no fuera su inmediato alumbramiento; rugiendo como una mula —si las mulas rugieran, su rugido sería mucho más espantoso que el del león porque son mucho más brutas que este— apremió:

—¡Que venga el médico!

Y Casilda, aficionada al melodrama, pero diligente, fue a traerlo.

Don René se había ido en alboroz. Se dio cuenta al acercársele un guardia municipal, el cual lo detuvo apenas salió de su casa:

—¿Se puede saber dónde va usted disfrazado de moro notable?

Don René se miró durante unos segundos y estuvo a punto de soltar una carcajada. Tenía gracia la cosa. Luego, sencillamente, repuso:

—A arrojarme al Ebro...

Si el señor Pérez tenía el suficiente sentido del humor como para que le entrara la risa solo porque su respuesta justificara su atuendo, el guardia municipal no estaba en el mismo caso.

Es bien sabido que los guardias no suelen tener sentido del humor. Hombres comisionados por la sociedad para impedir que algunas personas aficionadas a la diversión, al desacato o a la cuchufleta se diviertan, desacaten o cuchufleteen, los guardias son incapaces de disfrutar de los bonitos y gratuitos espectáculos que la calle ofrece a todas las horas. Guardias he visto yo que han preferido clavarse los dedos en los ojos, con una sonrisa o una risa en los labios, a contemplar ciertas cosas.

... Recuerdo algo que sucedió no hace muchos años... Era primavera y todo en la ciudad era precioso: las muchachitas se habían despojado de sus abrigos, los árboles tenían puestas sus hojas verdes, los señores más graves habían mejorado mucho de sus barbas, los poetas más contumaces triscaban entre los vehículos alegremente después de haber mandado a la porra sus versos... Todo era encantador; sí, señor. Pues bien: un guardia me puso una multa porque yo estaba regando a los transeúntes con agua fresca, purísima transparente, cantarina. Sin remontarnos a aquel lamentable suce-

Memorias de un señor bajito

A mis padres y demás familia,
comprendidos nuestros primos los chimpancés,
con el ruego de que hagan lo posible por olvidarme.
Cordialmente,

Juliano Fernández

Primera parte

1. De la inane vida del lactante

Yo fui bajito desde niño. Recuerdo con tristeza aquellos días de mi infancia... Todos los niños eran más altos que yo, y las personas mayores, siempre tan sensatas, decían al verme:

—Este crío parece imbécil... ¿Por qué no engorda como todo el mundo? ¿No se dará cuenta de que en la vida conviene ser alto, y a ser posible guapo, apuesto y elegante, y, si se es pobre, pobre pero honrado?

Mis padres, de modesta condición económica, carecían de muchas cosas, incluso de criterio, y puestos a hacer engordar a su cría, atendiendo a los consejos de las personas bien informadas y especialmente de las que se reservaban para ellas mismas el caviar del Caspio, el jamón de Trévezel y los langostinos de Sanlúcar de Barrameda, se decidieron a empapuzarme de patata cocida:

—Come patata cocida, Julianito, come... ¿O no quieres ser alto y guapo cuando seas mayor?

Ahora, al hacer estas revelaciones, me doy cuenta de que he comenzado mal mi relato. En primer lugar debo decir cómo me llamo y todo eso, y no explicar así, de buenas a primeras, que mis papás se pasaban los días rellenándome de patata cocida. En realidad, la patata cocida llegó a mi existencia mucho después de haber yo nacido; de lactante, mi único alimento era el pecho de mi mamá, que en aquella etapa de mi vida no me llamaba burro —y cosas peores— por ser tan pequeño, y mi vida era completamente inane.

Nací —así es como debo empezar— un día de octubre de 1920 en una urbe riojana llamada Logroño. El hogar en que tomé

contacto con el mundo era un hogar muy parecido a todos los hogares humildes: en él había una mesa camilla, un gato y un reloj. Mis padres eran dos: la señora Juana Reclus y el señor Obdulio Fernández. Fui el primer y único fruto de su matrimonio: yo creo que mi carácter de exclusiva se lo debo a lo canijo de mi compleción: mis papás debieron quedar muy desilusionados al ver la mercancía que les enviaban de París y, en consecuencia, se abstuvieron de hacer nuevos pedidos.

Siempre he sentido mucho no haber tenido hermanos: por ser hijo único fui yo quien tuvo que ir a todos los recados, sobre mi tierna infancia recayeron los malos humores de mis padres, y mis sufridas mejillas fueron el único objetivo de los besuecos de mi tía Felisa, que tenía bigote y soltaba unos eructos que hedían a cazalla. Bien: no divaguemos.

Estábamos en que nací en el hogar de mis padres. Sigamos desde entonces hasta ahora, pero hagámoslo pasito a paso. No debo dejarme nada en el tintero: mi vida, aunque esté mal el decirlo, es una novela, y siguiendo un orden cronológico me será más fácil demostrárselo al mundo: ¡que se entere de que también un hombre escaso, canijo, puede vivir intensamente! Porque ocurre que la gente cree que solo las personas de hermosa compleción física —sobre todo si son heroicos generales, geniales artistas, sanguinarios criminales o populares futbolistas— tienen una existencia interesante. ¡Cuán craso error!

Por eso escribo estas memorias: para enseñarle al prójimo que uno, en su modestia, tampoco es manco; por eso voy a dejarme de tonterías y de explicaciones para seguir diciendo que mi primera infancia, iniciada aquel día de octubre de 1920, fue una primera infancia tierna, sí, pero completamente estúpida: las primeras infancias es lo que tienen, y negarlo sería una necedad, porque no hay más que ver lo mal que hablan los tiernos infantes, que para decir buenos días dicen *bubaba*, para decir buenas tardes

dicen *bubabe* y para decir buenas noches no dicen nada, porque en el intento se han dormido.

Instalado en una confortable... bueno, confortable mientras no sucedía nada de eso que les sucede a los niños con lamentable frecuencia. Instalado, digo, en una confortable cunita, los inicios de mi vida se me fueron en lloriquear, en mamar y, como digo, en poner perdida la confortabilidad de mi cuna. Hasta los seis meses de mi edad puede decirse que no me ocurrió nada importante, pero al medio añito comenzaron las peripecias: la primera fue aquel batacazo que me di al caerme de la cuna por asomarme a ver el mundo. Comprendí inmediatamente que no había nacido de pie y me enfrenté con los terribles enigmas que nos plantea el mero hecho de nacer: ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? ¿Qué hacemos aquí? ¿Me tocará alguna vez el gordo de Navidad?

O sea: que puesto a reflexionar, reflexioné todo lo que puede reflexionar el propietario de un cerebro en formación y, visto lo problemático que se anunciaaba mi futuro, decidí sentar plaza de estoico. Mano de santo: ya no me causaron la menor impresión ni el hombre del saco, ni las cataplasmas de mostaza, ni siquiera los besos de mi tía Felisa, y así, al poco de cumplir un añito, yo era ya un tío forjado en el yunque del sufrimiento. Por eso ahora, que soy un adulto, permanezco impávido ante las desgracias que afligen al género humano y, aunque no sucede lo mismo cuando las desgracias caen sobre mí, soporto con bastante entereza incluso que no me toque el gordo de Navidad. Debe ser porque no juego a la lotería, digo yo.

Yo podría ahora, si me diera la gana, mentir como un bellaco contando tremendas aventuras. Aunque mi profesión no es la de autobiógrafo, me creo capaz de urdir una trama que tenga en vilo hasta a esos señores que solo se divierten con un señor francés llamado Marcel Proust. Podría, si quisiera, decir que fui abandonado por mis padres en la vía del ferrocarril y narrar su reacción al enterarse de que el expreso de Irún me había seccionado una pierna;

dedicarme a la mendicidad apoyado en unas muletas y clamando: «¡Una limosna para este pobre que no se la puede ganar!».

Ítem más: puesto a seguir haciendo tremedismo, podría inventar que, sin ninguna habilidad ni pericia para excitar la caridad ajena, tuve que alimentarme de hierbas y raíces, pedazos de yeso y grava de la carretera, y detallar cómo languidecí bajo los efectos de la inedia y de la anemia, cómo intenté suicidarme bebiendo lejía, y cómo la lejía, en lugar de abrasarme el tubo digestivo, que era lo lógico, estimuló la secreción de jugos gástricos agudizándome el apetito, o mejor dicho y hablando con propiedad, abriéndome un hambre tan famélica que no tuve otro remedio que comerme mi propio esófago.

Pero no voy a hacer nada de eso, por muy apasionante que parezca desde el punto de vista literario. Estoy hablando de mi vida, no de literatura. O sea, que seré auténticamente veraz. Eso sí: en justa correspondencia exijo del lector absoluta credulidad. No estaría bien que yo me arrancara el corazón para hablar con dicha víscera en la mano, y que el lector, escéptico, esperara a verme cadáver para darme crédito. Me sabría muy mal. De verdad.